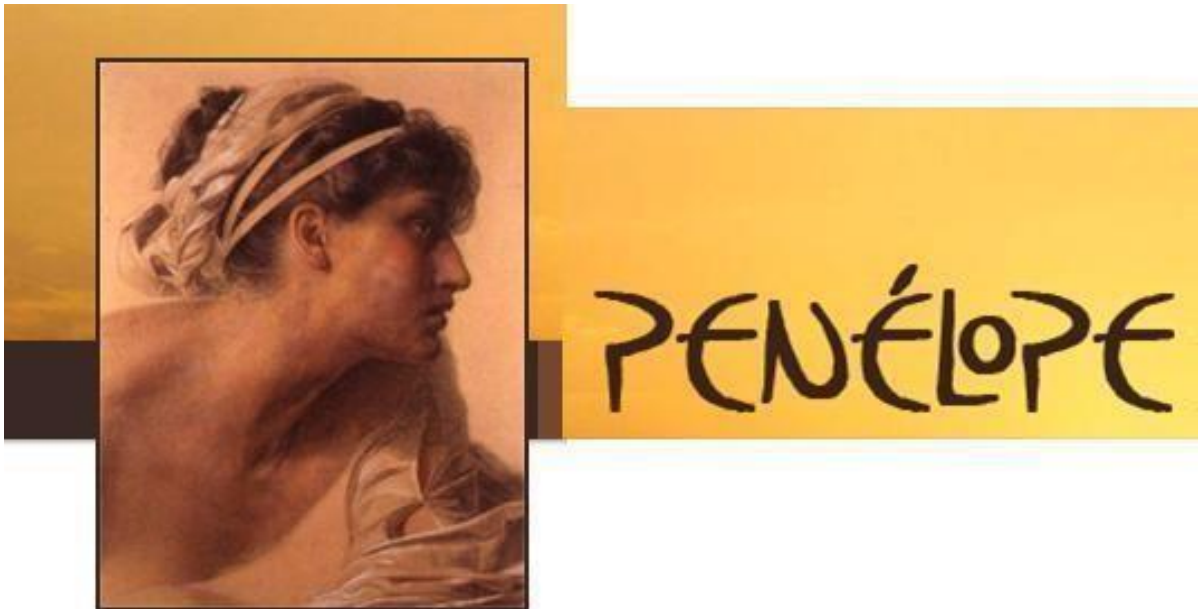


REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDA CABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

10ª Edición: diciembre del 2022

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

Narrativa breve

León Cohen Mesonero



León Cohen nacido en *Larache* durante el protectorado español y residente en Algeciras desde 1968, ha sido hasta 2017, profesor e investigador de la Universidad de Cádiz. En su blog puede consultarse gran parte de su perfil profesional y de su actividad literaria: <https://leoncohenmesonero.blogspot.com>

Aunque sus primeros escritos datan de 1968, su primer libro no ve la luz hasta el año 2003.

Con la Editorial **LIBROS EN RED** ha publicado dos libros:

- 2003: “*Relatos robados al tiempo*”
- 2004: “*Cabos Suelos*”

- Con **HEBRAICA DE EDICIONES MADRID**, ha publicado los libros:
 - 2006: “*La Memoria Blanqueada*”
 - 2011: “*Cartas y Cortos*”
 - 2013: “*Entre dos aguas*”
 - 2020: “*Jacob Cohen*”

- Con la editorial **CÍRCULO ROJO** ha publicado:
 - 2014: “*Apuntes*”
 - 2018: “*Tributo a dos ciudades: Larache y Tánger*”
 - 2019: “*Crónica de un reencuentro*”
 - 2021: “*100 Microrrelatos*”

Algunos de sus relatos figuran en diversas antologías, como: *Caminos para la Paz* (2007), *Viajes a Larache* (2007), *Calle del Agua* (2008), *Ufrán* (2010), *Zarzadoras y otros relatos* (2012). Ha participado en el proyecto editorial *El Protectorado español en Marruecos: la historia trascendida* (2013). También ha colaborado y colabora con las revistas literarias: *TRES ORILLAS*, *ENTRERRIOS* y *DOS ORILLAS*. En los primeros años de la década de los 90, publicó varios artículos de opinión en el diario *Europa Sur*. Extractos de algunos de sus libros figuran en el portal de la *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*.

Literatos y críticos de la talla de *Manuel Gahete*, *José Sarria*, *Francisco Morales*, *Paloma F. Gomá*, *Gloria Nistal*, *Hassan Amrani*, *Pilar Romeu*, *Jacob Israel*, *Christian H. Ricci* o *Sergio Barce*, han escrito o reseñado la obra literaria del autor.

Aliosha: Trilogía

Las opiniones de Albert Camus me condujeron hasta Dostoievsky, a “Crimen y Castigo” y a los “Hermanos Karamazov”. Entre Iván y Aliosha elegí al segundo. En esta trilogía le rindo homenaje a Aliosha, aunque no sé todavía si convertirme en él puede resultar una idea poco acertada, descabellada o incluso pedante. Aunque el nombre del personaje no añade ni quita nada a lo relatado, sigo ignorando si la elección del nombre ha sido un capricho o una argucia literaria.

En esta trilogía, el escritor envuelto en su universo literario, vuelve a reescribir los primeros capítulos de su vida, a través del personaje Aliosha, mostrando una vez más su innegable percepción de la vida como una novela o una película que merece la pena ser contada e incluso imaginada, desde un presente que le permite retocarla y ahondar en detalles, que el niño o el joven protagonista en su momento, no pudieron captar mientras vivían.

Capítulo 1

Larache: Primeros pasos

Aliosha ha salido a pasear sin objeto, camina con alegría, es muy joven y la vida para él es un descubrimiento diario. Todo le sorprende y le asombra. Mira con admiración a su padre y trata siempre de contentar a su madre. Quiere agradar. Son sus primeros pasos por el camino. Cree que todos los que le rodean son sus maestros y que todos encierran algo que aprender. No se hace planteamientos extraños, ni preguntas sin sentido. Los maestros están para enseñar y la letra con sangre entra, como dice su amigo “Nisimico”, que por cierto es bizco. Hay que ser disciplinado

y aplicado. Siempre va contento hacía el Colegio Francés de su pueblo.

Le gusta. Sus amigos son numerosos y virtuosos. De su colegio guardará para siempre un grato recuerdo. Ahí recibiría los primeros conocimientos básicos. Aprendió a leer y escribir en el hermoso idioma de Ronsard y de Molière. Aunque Aliosha estaba todavía demasiado verde para percibir que aquel colegio sería la primera puerta de entrada a una cultura que como su piel, le acompañaría toda su vida y que en cierto modo, determinaría su futura manera de hacer y de pensar. Todavía pasado medio siglo, era capaz de recordar los nombres de algunos de sus maestros como Mlle Beniluz, Monsieur Quiot, Mlle Vermury o Monsieur Carné.

Aliosha tiene una familia amplia y se siente reconfortado y protegido. Su madre le canta el ángel de la guarda antes de dormirse: “Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día”. La naturaleza es misteriosa y bella. Siempre se extasía ante los colores de algunas mariposas. El campo huele a vida. Aliosha es un niño feliz y tan ingenuo que conmueve. Su padre le puso ese nombre, el del más pequeño de los hermanos Karamazov en homenaje a Dostoievsky. Aliosha es curioso. Recorre con los amigos todas las calles y callejones de su pueblo. No hay rincón que se le resista. A su edad es algo atrevido. Pero él quiere saber dónde vive. Cuando no tiene colegio, le gusta estar en la calle a todas horas, incluso a la sagrada hora de la siesta, y eso le ha acarreado algún que otro disgusto con los padres de sus amigos. Le encantan los juegos y los practica todos. Ha aprendido a convivir con el espléndido sol y con el mar majestuoso. Le sorprende la belleza de los acantilados de su pueblo natal y la bravura de su mar.

Aliosha ama la vida y sus encantos. Sus amigos, van a la Iglesia, a la Mezquita o a la Sinagoga. En esto, él se siente un poco despistado y no entiende muy bien estas cosas, que en cierto modo le resultan extrañas como niño que es. Pero, en el fondo le da igual entrar en un templo que en otro, con tal de acompañar a algún amigo. Luego los dos se ríen, como si les hicieran gracia estas cosas de mayores. A él lo que le ocupa y le distrae es correr, saltar y jugar todo el tiempo. También ha descubierto el cine y le apasiona ver películas, incluso en sesión continua. Aliosha es un niño feliz.

Pero la felicidad es una flor caduca y frágil como el cristal. También puede ser un estado de ánimo y como tal es efímero. La felicidad del niño Aliosha tiene que ver entre otros, con la admiración que le produce el paisaje, y su pueblo, que él considera un rincón en el cielo, con la alegría de estar con sus primeros amigos, con la seguridad que le infunde un entorno familiar donde se siente querido y protegido, y con la dicha de la sorpresa y del aprendizaje constantes. Como no puede ser menos a su edad, vivir es para él una aventura nueva e ilusionante en ese torrente, en el que la fuerza arrolladora de la vida irrumpe imparable a diario, conquistando y arrastrando a este principiante que todavía ignora las vicisitudes y las sorpresas del camino.

En el año 1956 en el que el niño Aliosha va a cumplir su primera década, aquel mundo personal e idílico, más propio de los sueños, donde siempre era primavera y donde vivir era un gozo diario, se tambalea, quizás zarandeado por la envidia de los dioses del destino. De manera tan inesperada como cruel, su placida

infancia se topa y se enfrenta de repente a las contrariedades de la vida y a una tormenta de sucesos imprevistos, a partir de los cuales no quedará en él sitio para la inocencia y la ingenuidad que le han acompañado hasta entonces.

Todo empezó, aquella luminosa tarde de abril, cuando Rabah el esclavo negro del baja Raisuni, vino al colegio a buscar a su compañero Jali. Era la Independencia de Marruecos. Las consecuencias de este hecho histórico y a pesar de todo ciertamente previsible, serían nefastas. No para el pueblo marroquí que recuperaba su autonomía, sino para la población española que se vería en la tesitura de abandonar a corto o medio plazo, aquella tierra que para muchos era la suya y la única que conocían. Era la cara oscura y menos amable de la colonización. De hecho, apenas unos meses más tarde, su padre iría a buscar mejor fortuna a Venezuela y en septiembre, le seguirían por razones muy distintas con el mismo destino, su prima (probablemente la persona a la que más quería en ese momento) y su tía. Afortunadamente, su padre volvería un año más tarde. Madre e hija no regresarían nunca.

Un viernes nueve de agosto de 1957 se produjo la muerte de su otra tía con apenas treinta y dos años. Lo más cruel de la muerte de una persona joven son los años de vida robados. La muerte siempre está ahí agazapada, al otro lado de ese fino hilo de alambre que la separa de la vida y sobre el que caminamos todos los días todos los mortales, siempre dispuesta a pegar el zarpazo y a derrumbarlo todo. Además suele llamar sin avisar.

Ocurrió todo en un año. La familia se descompuso para siempre y la felicidad

de Aliosha quedó hecha añicos. Todos esos acontecimientos supusieron para la sensibilidad de aquel niño de nueve o diez años, sacudidas y desgarros muy fuertes y profundos que superaría con el tiempo, pero que inevitablemente dejarían huellas y heridas imperecederas en su memoria sentimental. Aliosha sentía que había sido expulsado del paraíso en el que habían transcurrido esos primeros e inolvidables años de su corta vida.

El niño tuvo que pasar página, dio la vuelta a la esquina de la infancia y se dirigió titubeante a la calle desconocida de la adolescencia. Nadie jamás podría robarle los años felices de su primera infancia pasados en aquel pequeño y hermoso pueblo lleno de luz, a orillas del majestuoso mar Atlántico.

Junio de 2020



Colegio Francés. Larache 1953

Capítulo 2

Zoco-el-Arba: El internado

Aliosha ha terminado sus estudios primarios en el colegio francés de Larache. Es el año 1958 y si quiere seguir estudiando en francés no tendrá otro remedio que salir de su pueblo. Es una decisión difícil y arriesgada, pero él está decidido. Aliosha no ha cumplido todavía doce años, cuando en una decisión que posteriormente le parecerá descabellada aunque inevitable, le pide casi rogando a su padre, que le permita seguir los estudios fuera de su pueblo. Quiere completar los estudios secundarios en la lengua de Molière y eso solo es posible si se va interno. No recuerda si fue él mismo o su padre quien eligió Zoco-el-Arba, quizás por su mayor proximidad a Larache o por alguna otra razón. Aunque pasado el tiempo, no entenderá porque no optó por Tánger que ya en aquel tiempo, era para él su ciudad fetiche y lo sería siempre. O por quedarse en casa, en su pueblo y estudiar el bachiller en un colegio español que parecía la alternativa más sencilla y también la más barata tanto económica como sentimentalmente. Pero uno reside en la estación de tren de la vida y los trenes pasan y van o vienen. Uno puede montarse o no en cualquiera de ellos y apearse o no en cualquier estación. Aunque ninguno de nosotros es completamente libre para elegir, porque cualquier elección supone renunciar a las demás. En ocasiones pasan trenes que uno no esperaba y cuya tentación a uno lo ponen en un serio aprieto, porque si los deja pasar quizás no vuelvan nunca, al menos a la estación en la que uno vive. Pero claro, a uno le quedan muchas dudas y mientras las resuelve, el tren pasa y se va. ¿Qué hacer? ¿Montarse en el tren sabiendo que podría equivocarse y arrepentirse? ¿O quedarse preso de la duda? Esto último sería como renunciar a la vida. Lo primero sería aceptar el riesgo de vivir. Aliosha tomó una decisión y eligió su tren y su destino. Lo demás, lo que pudo haber hecho y no hizo, es literatura.

Y así, en octubre del año 1958 empieza una vida de interno que habría de durar siete largos años. Alejarse de sus hermanos y de su familia, además de sus

amigos, a una edad tan temprana, supone un trauma del que solo tomará consciencia afortunadamente para él, pasados los años.

El internado es un sistema muy parecido al carcelario. Es un recinto cerrado o no, pero del que no se puede salir los días de semana, y que únicamente en los fines de semana se permite abandonar, siempre que una familia adulta autorizada se haga cargo de uno. La disciplina es férrea como no puede ser de otra manera para manejar a un grupo numeroso de personas. El internado de Zoco el Arba tiene la extraordinaria ventaja de ser mixto. Y eso hace que aprenda a convivir y a respetar a la mujer como compañera y amiga y a tener amigos y amigas a los que no habrá de olvidar nunca.

Es verdad que Aliosha sufre la separación, se angustia y se emociona, pero su juventud y su fuerza mental le ayudan a seguir. Cómo olvidar las noches de regreso de las vacaciones trimestrales, llorando con el corazón acongojado, acompañado por los llantos de sus compañeros de dormitorio. Odia los últimos días de vacaciones, porque no soporta el calvario de tener que volver. Pero con el tiempo, su universo se puebla de compañeros y compañeras que van supliendo poco a poco a sus cariños familiares. Al principio, contempla estos años de internado como una fatalidad necesaria para conseguir su fin. Pasados los años, los verá como una experiencia enriquecedora y como elemento básico de su educación sentimental. Transcurrido casi medio siglo, es capaz de recordar el tono, el ademán, los gestos, la sonrisa y la voz de la mayoría de sus compañeras y compañeros, algunos muy amigos. Esa educación en el compañerismo y la amistad serán parte de una manera de vivir y de sentir al otro, que pertenece al microcosmos de aquellos que un día no solo estuvieron, sino que se convirtieron en internos, para no abandonar nunca esa condición. Solidaridad, generosidad, empatía y compasión, disciplina, orden e higiene, son algunos de los vocablos que expresan y configuran el universo de los internos. Aliosha aprende el valor de los límites que dibujan el respeto y la convivencia con el otro, y también que su espacio vital no es infinito, que todo no está permitido y sobre todo aprende a cuidar su pequeña parcela. La

educación en valores tan básicos como necesarios le ayudará el resto de su vida. El estudio, el deporte y los juegos son parte esencial de estos primeros cuatro años como interno en Zoco-el-Arba. En lo que atañe al deporte de equipo, aprende las reglas practicando varios de ellos, como el voleibol, el baloncesto y el fútbol que con el tiempo se convertirá en su gran pasión. También el atletismo será parte de su formación. En el plano cultural, y como un bien añadido, Aliosha habla, escribe, lee, vive y piensa en francés, lo cual aporta un nuevo significado a su personalidad todavía en formación. El bilingüismo es una riqueza personal e intelectual nada desdeñable. Aliosha vive bien, es optimista, ama la vida y se deja sorprender por ella. Sin embargo, cuando deja a sus amigos al final de cada curso, también se producen los desgarros de las despedidas, algunas definitivas. Sus nombres quedarán inscritos en su memoria sentimental para siempre: Maklouf Lugassy, Ginés Soler, Elsa Ribes, Esther Emergui, Geneviève Roucoule, Asensio, Moussaoui Aissa, Carmen Tinoco, Bouchta, Tetouani Rachid, Issad Allal, Pepe Jimenez, Flora Benet, Michel Lachemi... Amistades que el tiempo unió y que el espacio separó. Su corazón va aprendiendo a vivir maltrecho por tanta ruptura.

Todavía no había cumplido quince años cuando se enamoró locamente de la que llamaría su Afrodita, un amor que le duraría un curso entero. Conoció los efectos del encantamiento amoroso y la euforia que producía en él amar y saberse amado, ese inolvidable hormigueo en el estomago y esas palpitaciones incontrolables. Le quedó entre otras cosas, el recuerdo de lo que él ahora consideraba una anécdota, pero que en aquella época le produjo mucho desasosiego. Pues ocurrió que un amigo experto en lides amorosas, con el único afán de prestarle ayuda cual Celestina, le propuso concertar un encuentro con su amada, para concretar la ceremonia del beso en la boca. Tendría lugar en un pequeño desván abandonado en las instalaciones del internado. Antes, le instruyó con todo lujo de detalles sobre la técnica del beso bucal. Aliosha sintió más horror y repugnancia que curiosidad, pero no dijo nada. ¿Pero, cómo se decía, iba él a practicar esa técnica con la que tanto amaba y a la que solo con mirarla le temblaba

el cuerpo? Nunca aceptaría esa invitación tan vulgar. Y así fue. Su amor enamorado estaba muy alejado del deseo carnal. El niño de quince años quería a su amada. El deseo llegaría más tarde. Así que aquella cita no se celebraría nunca, a pesar del interés y de las buenas intenciones y gestiones celestinescas de su compañero. Nada pudo enturbiar aquel amor tan puro como ingenuo e inocente, que procuró a los enamorados momentos únicos e irrepetibles, solo interrumpidos para siempre, por el final del curso y por un nuevo destino en la lejana Francia de la familia de su amada.

Aliosha mantuvo durante los cuatro cursos que pasó en Zoco el Arba un muy buen nivel como estudiante, con resultados más que notables que concluyeron con la obtención del llamado BEPC (*Brevet d'études du premier cycle du second degré*), una especie de reválida. Pero en estos años no solo fue un alumno aplicado y un interno experimentado con multitud de anécdotas, pues entre otras cosas, mejoró notablemente su quehacer y su formación como futbolista gracias a las horas de prácticas y a los compañeros de los que aprendió todo lo que pudo. En aquel internado tuvo la suerte de conocer y poder jugar con el que pasados los años y a su entender, fue el mejor futbolista que verían sus ojos nunca. Aquel prodigio de jugador se llamaba Isaad Allal y era argelino. Nunca lo olvidaría. El fútbol se convirtió para él en algo más que un juego divertido y sorprendente, pues a lo largo de su vida, tanto su práctica como su conocimiento serían uno de los elementos fundamentales. No solo sería una afición, sino también una de sus grandes pasiones vitales junto al estudio y a la literatura, todo hay que decirlo. Su vocación por la literatura y la escritura tardarían todavía unos años en llegar. Aunque en esos años, el niño Aliosha ya empezaba a fotografiar todas las escenas que le impactaban y le sorprendían, para ir poblando de fotografías y fotogramas su álbum personal y sentimental. Esa máquina de fotos imaginaria y con un objetivo capaz de abarcarlo todo, que era su memoria en continua formación, no solo fotografiaba lo que se veía sino también todo lo que no aparecía en el revelado: sus sentimientos y sus emociones. Pasados los años, aquel álbum se convertiría en algunos de sus mejores

relatos de la memoria colectiva de un tiempo y de un lugar. Ahora el escritor sabía que podía dividir su vida en etapas bien definidas y que cada una de ellas le había dejado una huella indeleble llena de vida, que a la postre le permitiría recrearla. Aliosha sin proponérselo y sin saberlo, se había convertido poco a poco en un testigo de cargo de la vida, como si hubiera nacido para dar testimonio de su tiempo y de sus gentes para que las generaciones futuras supieran que habían sido, existido y sentido, y para que no cayeran en el pozo del olvido. Más tarde, el Aliosha escritor comprendería por qué su vida cobraba sentido y eso le reconfortaba. Pasados pues los cuatro años y alcanzados los objetivos, Aliosha se veía de nuevo impelido hacia nuevos retos lejos de Zoco el Arba, en cuyo instituto solo se podían cursar los primeros cuatro años del bachiller. Y así fue como al año siguiente, empezaría su andadura de interno en el Lycée Gouraud de Rabat que duraría otros tres años. Pero esa ya es otra historia.

Junio de 2020

Nota del autor: En mi relato **Retrato** escrito en 2009 que incluí en mi libro “Entre dos aguas” publicado en 2013, ya escribí con detalle sobre mi estancia en Zoco-el-Arba. En este relato escrito diez años más tarde, es inevitable hallar similitudes con el anterior, aunque aparecen otros aspectos y reflexiones que lo diferencian y lo convierten en complementario del primero. Resultaría un ejercicio interesante hacer un análisis comparativo entre ambos, ya que en ningún momento recurrí al primero para escribir este.



Zoco el Arba 4^{em}M 1960-61

Capítulo 3

Rabat: Los Liceos Gouraud, Renault y Descartes

Rabat, capital del reino alauí era una ciudad bien diseñada y cómoda para vivir. Hablo de la ciudad europea edificada a partir de las murallas almohades que encerraban al Mellah (el barrio judío) y a la Medina antigua. La avenida Mohamed V era la principal arteria de tránsito, muy amplia, como imitando a los Campos Elíseos de Paris. Nunca olvidaría la cafetería restaurante Balima situada a medio camino en el ala derecha de la avenida, viniendo desde arriba. Tenía una amplia y bonita terraza siempre muy frecuentada. Los barrios que seguían como el Agdal, también constaba de grandes avenidas y en él estaba situado el campus de la universidad y el nuevo liceo Descartes.

La estancia en Rabat se puede dividir en dos fases. La primera fase transcurrió en el “Lycée Gouraud”. El interno de Zoco el Arba empezó su primer curso 1962-63 en ese liceo que databa de 1919, probablemente el más prestigioso de Marruecos, y que afortunadamente su llegada coincidiría con el último año de vida de aquel histórico edificio. Estaba compuesto del liceo como tal, que era donde se estudiaba y de un internado situado en un edificio algo alejado del liceo. Había que ir en formación de dos y atravesar algunas calles antes de llegar al externado. Ambos edificios vetustos y muy feos, sobre todo el externado que más bien parecía un cuartel con su enorme patio en el centro y rodeado por arcos con las aulas situadas tanto en la planta baja como en el primer piso. Muchas veces Aliosha soñaría que deambulada por aquellos pasillos. El dormitorio del internado parecía del siglo diecinueve. Uno tenía la sensación de hallarse en un lugar frío e inhóspito, de otra época, con muros muy anchos y techos muy altos como correspondía a su tiempo de construcción. El internado disponía de un pequeño comedor y de un terreno anejo donde los internos podíamos pasear después de comer. Demasiado pequeño para expandirse como correspondía a gente de nuestra edad. Era un lugar

húmedo y triste donde siempre parecía ser invierno. Allí la primavera no era bienvenida. Un edificio sin aulas y por lo tanto las horas de estudio o permanencias, había que hacerlas en el externado o liceo. Entre las novedades de aquel internado la primera era que no había internos jóvenes del primer ciclo o, al menos Aliosha no los recordaba, y otra era que no había mujeres. Todos los deportes se practicaban en el enorme patio del liceo. Contrariamente a Zoco-el-Arba, los “pions” o monitores de los internos eran todos hombres, estudiantes de la universidad que por su trabajo obtenían alojamiento y comida gratis. Por la edad de unos y otros, la alta concentración de testosterona producía frecuentes enfrentamientos que en contadas ocasiones podían llegar incluso a la agresión física. El equilibrio en ese sistema lo aportaba el “surveillant general” o director del internado, a la sazón Monsieur Bedouc, un gran profesional que sabía intervenir a tiempo para que la sangre no llegara al río. Se había ganado el respeto de todos, internos y “pions”. Era un tipo empático que había logrado unir autoridad y simpatía a partes iguales. Y se le quería tanto como se le respetaba. Uno tenía la sensación de estar ante un padre o un hermano mayor que a la vez sabía ser un amigo.

Algunos de los “pions” jugaban al rugby en el equipo titular de la ciudad y con ellos su joven compañero El Fayache. Aunque no lo practicó, para él aquel juego fue un descubrimiento y solía acudir algunos fines de semana a presenciar los partidos de la liga marroquí. Aprendió las reglas y a apreciar un deporte que hasta la fecha ni siquiera conocía. Nunca olvidaría las carreras por la banda de su compañero, que no pesaba más de sesenta kilos, pero que gracias a su velocidad y a sus fintas era capaz de conseguir varios ensayos en cada partido. Los pesos pesados del equipo, Favier y Besançon, lo protegían de los zarpazos y bloqueos de los contrarios. Sin olvidar al pateador, un tal Marcel Cohen, cuya puntería para mandar el cuero entre los dos palos era casi infalible.

Si le preguntaran por los recuerdos de aquel curso, Aliosha se detendría en la belleza de una ciudad, Rabat, en la que vivió algunos meses cuando apenas tenía siete u ocho años. Ahora podía apreciarla en una dimensión más amplia y recorrerla durante las salidas los fines de semana. También le marcaría el refuerzo de su amistad con Aissa Moussaoui y con Rachid Tetouani, a los que conocía de su estancia en Zoco-el-Arba y un nuevo y gran amigo llamado Jacques Galetier. Era la amistad de la adolescencia que como el amor, a esa edad era incondicional y sin trabas ni intereses.

Durante aquel curso, Aliosha notaría mucho la ausencia por vez primera vez de compañeras, ya que siempre las había tenido desde que empezara en el colegio francés de Larache y luego en Zoco-el-Arba. El internado se asemejaba más a un cuartel sin la presencia femenina. Aquel universo “unisexual” le resultaba aburrido y monótono sin la aportación del otro género. Era como dividir el mundo en dos partes, una parte para nosotros y otra para ellas, resultando inevitablemente de la división dos mundos castrados por la falta de la otra parte. Estaba acostumbrado a tener amigos y amigas, que para él era lo natural y lo normal, de manera que aquella nueva situación le parecía una anomalía que en nada ayudaba a la educación en la diversidad de unos y otras. Sin ellas eran como mucho la mitad, tanto cuantitativa como cualitativamente.

Aliosha no pudo elegir y hubo de adaptarse a lo que imperaba en ese tiempo y lugar que le tocó vivir.

En cuanto a los profesores, sin duda Monsieur Metro el profesor de Matemáticas sería el más destacado por él, así como Monsieur Camus, el profesor de Historia y un enamorado de Napoleón Bonaparte. No podía disimular su pasión cuando describía con detalle algunas de sus batallas y sus victorias como la de Austerlitz, hasta llegar a imbuir a Aliosha de la indudable grandeza histórica del personaje. De Napoleón III, el pequeño, hablaba con desdén, recurriendo siempre a la comparación con su antecesor. En cuanto a los demás profesores, apenas recordaría el rostro. Por lo demás, aquel fue un curso más bien anodino.

Al curso siguiente 1963-64, tuvo el honor de ser uno de los alumnos que inauguraron el nuevo Liceo Descartes que era el mismo Gouraud pero en unas nuevas instalaciones muy modernas, situadas en un emplazamiento distinto y con un nombre nuevo. Las instalaciones del nuevo liceo no eran comparables a las del viejo Gouraud ni por la extensión, ni por el tipo de construcción y las infraestructuras. El liceo Descartes era un recinto abierto edificado sobre una enorme superficie de terreno en el barrio residencial del Agdal. Las aulas estaban distribuidas sobre el ala derecha en una planta baja con amplios ventanales que permitían una iluminación natural todo el día. Los laboratorios muy modernos, se hallaban en el sótano de un ala a la derecha de la entrada al liceo. Desde el hall de entrada que era enorme y con mucha luz, se podían divisar varios campos de balonmano y de baloncesto. Los campos de balonmano servían además para practicar fútbol. Las instalaciones deportivas eran impresionantes para alguien que venía del liceo Gouraud. El externado del liceo se comunicaba con el internado por un amplio pasillo cubierto y de nuevo la amplitud sorprendía al visitante. Además de los edificios de los refectorios y de los dormitorios y aulas de estudio para los internos, constaba también de un hogar muy amplio para el esparcimiento de los internos. Ahí podía fumar, escuchar música o jugar al pingpong y a otros juegos de mesa. Esparcimiento que tenía lugar antes de subir a los dormitorios. Los terrenos del internado constaban de una piscina y de un campo de fútbol de tierra batida rodeado por una pista de atletismo. Realmente no se podía pedir más. Nunca a lo largo de su vida Aliosha se toparía con un liceo o instituto tan completo y amplio. Era indudablemente una construcción muy adelantada a lo que solía darse en esa época. Tanto Francia como Marruecos habían puesto todo su empeño en que el liceo de la capital del reino fuera un emblema y una muestra representativa de la colaboración entre ambos países. No en vano, la población estudiantil pertenecía a la alta burguesía e incluso a la familia real marroquí y el resto del alumnado compuesto en su mayoría por franceses y otros provenían de los cuerpos diplomáticos y de funcionarios de las distintas administraciones extranjeras

presentes en Rabat. El único pero para Aliosha radicaba de nuevo en la ausencia del alma femenina. De los profesores de aquel primer curso escolar en el Descartes, Aliosha se quedaría con Monsieur Cauche un gran profesor de Historia. Es sorprendente que no recordara a ninguno más. Son los borrones selectivos de la memoria.

El tercer curso en el Descartes que sería el último en la condición de interno, el de 1965-66, fue sin ninguna duda el que más le marcó como interno, como estudiante, como futbolista y como persona. Porque de todo hubo. Ya no era un adolescente y su capacidad de observación y de análisis eran las de un joven adulto. Pensó que quizás, durante los dos primeros cursos en Rabat anduvo un poco perdido, como buscándose en ese confuso mar de dudas propio de la adolescencia. Ahora con diecinueve años el momento era otro. Además habían ocurrido bastantes cosas, algunas importantes, entre junio del 64 y finales el 65.

Abramos paréntesis: En septiembre del 64 toda la familia de Aliosha se desplazó a Tánger donde se establecería hasta el año 1968. Aquel primer curso en Tánger en el mítico Liceo Renault supuso para Aliosha, su primera vez como externo en secundaria, y sobre todo la vuelta a la normalidad, a un colegio mixto, donde la mujer era de nuevo su compañera de todos los días. Nunca se cansaría de repetir lo fundamental que sería para él estar rodeado de compañeras y convivir e intercambiar vida con ellas. Pero hubo más que relatar en este que sería un paréntesis determinante en la vida del joven Aliosha. En Tánger conoció una manera nueva de ver y aprehender el mundo. La cautivadora belleza de los parajes tangerinos, el ambiente entrañable con el que se topó y la comodidad de una ciudad relativamente pequeña, la compleja sencillez de sus gentes, el choque enriquecedor con el multilingüismo y la interculturalidad, todo eso unido influiría definitivamente sobre el devenir del joven. Disfrutaba en el liceo como alumno y en la calle con los grandes amigos que hizo. En aquel liceo tuvo la suerte de coincidir con dos profesores que cambiarían su visión y su relación con los estudios de ciencias, Monsieur Fabre y Monsieur Gernaud, el primero de Matemáticas y el

segundo de Física. Jamás los olvidaría. Aquel “encuentro” enseñó a Aliosha que los designios del destino son inescrutables, y que este se encarga de ponernos frente o junto a aquellos seres que nos van a indicar la senda a seguir. De nosotros va a depender seguir el camino o abandonarlo. También aprendió que los trenes de la vida siempre pueden volver a pasar y que siempre hay una o varias oportunidades de resarcirse.

Ocurrió además, que durante aquel año jugó al fútbol como nunca antes lo había hecho, como si un encantamiento le hubiera señalado o como si durante todos los años anteriores se hubiera estado preparando para explotar justamente en ese año y en esa ciudad. Aliosha sintió que aquel era su lugar, que él había nacido y vivido en otro sitio precisamente para apreciar y sentir mejor el hecho y el placer de ser un día tangerino, tangerino para siempre.

Cerremos paréntesis y volvamos a 1965 a Rabat y al Descartes y de nuevo al régimen de internado. El Descartes era para él un lugar conocido y en cierto modo familiar, ese año se convertiría en algo más. El liceo no había cambiado para nada su aspecto, pero él sí había cambiado, tanto por fuera como por dentro. Para empezar, tuvo la suerte de compartir aquel año tanto el internado como el curso con dos amigos tangerinos, cuya amistad tanto presencial como en la distancia, le acompañaría a lo largo de su vida: Leonardo Marmolejo y Abdelaziz Bentahar. Solo una memoria infiel es capaz de no recordar a sus amigos.

La modalidad de preuniversitario que iban a cursar “Mathématiques Élémentaires” era la más estrictamente científica y la de mayor dificultad. Pero las sorpresas saltan donde nadie las espera. Sucedió una tarde de otoño, el primer día de la presentación de la asignatura de Literatura, en principio una maría para los teóricos matemáticos que pretendían ser. El profesor era un “pion” conocido por todos, que destacaba por su elasticidad portentosa como portero de balonmano, su apellido Lucciani parecía de origen corso. Era muy delgado y fibroso y de aspecto enfermizo por la blancura de su piel. Recién licenciado en Letras, le habían asignado la impartición de una materia de interés nulo a priori, para una clase más

bien poco interesada en las letras y con una actitud previsiblemente hostil. No parecía tarea fácil para el debutante. Ignoro si los compañeros sintieron lo mismo que él, pero aquella tarde descubrió a un profesor diferente, moderno y con un estilo propio, que en nada recordaba a los clásicos y encorsetados profesores o profesoras de letras que había conocido antes. Los clásicos, desde Du Bellay, Ronsard pasando por Boileau, Corneille, Molière, Racine, hasta llegar a Voltaire, Montesquieu y Rousseau y acabar finalmente en Victor Hugo o Lamartine, Baudelaire, Verlaine y Rimbaud, eran historia. Aquel curso el joven profesor, les habló de un tal Albert Camus y de su Meursault, de Jean Paul Sartre y de la *Náusea*, de un poeta llamado Jacques Prévert, de André Gide y de Malraux. Era un mundo nuevo que cautivaría a Aliosha. Irrumpían en su vida el absurdo y el existencialismo. Esto no era ciencia, pero era apasionante. Lucciani sin saberlo le abrió la puerta de entrada a la “ *nouvelle vague* ” literaria.

Aquel curso era el último en el liceo y Aliosha tenía como primera tarea estudiar y estudiar, pero también tenía una pasión y un campo de fútbol en el internado donde darle alas. Aliosha optó y dedicó más tiempo a su pasión que a su obligación. Impresionó a sus compañeros por sus cualidades y capacidades como jugador hasta tal punto que fue elegido entre los diez mejores jugadores de un liceo que rondaba los dos mil alumnos, para formar la selección absoluta que se enfrentaría a otros liceos de prestigio en ciudades como Casablanca o Meknès entre otras.

La reválida a final de curso constaba de dos partes, una escrita y otra oral. Aliosha se encerró unas horas en su cuarto durante las vacaciones de verano en Tánger, y consiguió superar con buena nota la prueba escrita, aunque no ocurrió lo mismo con el examen oral. Un fracaso que le dejaría una pequeña mancha para siempre en la memoria. Sin embargo, pasado el tiempo, nuestro personaje se convencería, despejando cualquier duda razonable o razonada, de que fue tal la felicidad que le había procurado dar rienda suelta a su pasión futbolística en detrimento de los estudios, que había merecido la pena.

Y así fue como Aliosha acabó su periplo por los liceos y por los estudios en francés. Esta trilogía termina su recorrido de veinte años por la primera etapa de la vida de Aliosha, que sería muy probablemente, por la novedad y la intensidad de lo aprendido y vivido, una de las más emocionantes e ilusionantes de toda su vida.

Enero 2021



Liceo Descartes 1963-64